

"28 CUENTISTAS CHILENOS DEL SIGLO XX", por Antonio de Undurraga (Zig-Zag).—Cada uno de los 28 viene precedido de una breve nota crítico-biográfica con cuyos juicios se podrá estar o no de acuerdo; pero que presentan siempre esta virtud: no repiten, no siguen la corriente; a menudo, con tranquila insolencia, discrepan. Se sabe la ola que ha levantado el nombre de Baldomero Lillo y se sospecha su origen. Undurraga lo dice sin morderte la lengua:

"No ha habido imparcialidad para juzgar ni valorar su obra, debido a que ha sido utilizada como bandera política por todos los insurgentes. Pobre de estilo y de imaginación escasa, no estaba dotado para llegar muy lejos. Todo aconseja que a Baldomero Lillo se le coloque en su verdadero y discreto lugar, a fin de no engañar a los jóvenes estudiantes con lecturas obligatorias que carecen de serios fundamentos y que han llevado al público a rechazar los libros de "cuentos".

Respecto a esto último, los libreros deberían hablar. ¿Se venden los libros de cuentos? ¿Se venden menos que las novelas, que las historias? Sería un dato interesante. A principios del siglo, en la época de Lillo, Gana, Maluenda y Santiván, los cuentos tenían más público que las novelas. Los de D'Halmar eran célebres. ¿Después?

Pensamos que a Lillo, en realidad, lo han sobrevalorado por razones políticas. ¿Se prestaba tanto! La protesta social brota sola de sus páginas, fuertes y terribles, que respiran autenticidad. Pero de que el hombre vale, ninguna duda existe. Poco escritor, nada estilista, narrador formidable, no siempre tan ingenuo como parece por encima, tenía aciertos finisimos. Véase el final de su pelea de gallos.

De todas maneras, la voz disidente de Undurraga puede servir como punto de partida para una revisión literaria y pedagógica del maestro. No ocupa exactamente su verdadero sitio.

Otro ídolo que el autor no reverencia, otro intocable a quien maltrata: Mariano Latorre.

Hay, como se sabe, toda una guardia ofensiva y defensiva en torno a su memoria montada por los que fueron sus discípulos. Es de los grandes maestros, es el padre del criollismo: a quien lo desconozca se le pone mala nota; lo cual repercute en las librerías y las editoriales.

Nada de eso impresiona a Undurraga.

"Intimamos con Latorre —dice— en unas tertulias de pie que se realizaban a la altura del año 1940, en la Librería Nascimento de la calle Ahumada, a la hora del mediodía, en Santiago de Chile. Era afable y buscaba la nota humorística. Una vez (por los cristales de las puertas del Salón de Honor de la Universidad de Chile, pues no entramos) le vimos dar una conferencia ante ocho personas. Interrogado por nosotros sobre tal descalabro, nos dijo que no tenía ninguna importancia, pues la disertación estaba "pagada".

Un criterio muy burocrático. Undurraga describe la casa del novelista invadida por una gran biblioteca que caía hasta sobre los muebles del comedor, en cascada, como las lianas cubren las estatuas de ciertos pueblos del Asia. Cuanto a su categoría literaria, héla aquí: "Mariano Latorre fue la dramática mezcla de un gran fervor literario, unido a una tenacidad magnífica, en una mente desprovista de inspiración, de don creador. La lectura obligatoria de sus obras en los planes de enseñanza no parece una medida negativa pues no tienen la calidad requerida para ello".

Deseos dan de suscribir los juicios que pronuncia Undurra-

ga sobre Lillo y Latorre; pero, ¿qué propondrá después, con quiénes los reemplazaría? Conviene no confiar demasiado: el "caballo de fuego", cuando menos se piensa, rompe el freno y se lanza... Un pequeño detalle: entre los 28 cuentistas, que van desde Rubén Da-

rió hasta Mario Espinosa, sólo dos obtienen la honra de aparecer con más de un cuento: Gonzalo Drago y... Antonio de Undurraga.

Anotemos algunos errores. Son relativamente leves, pero es preciso rectificarlos. "El cenáculo de "Los Diez" —dice a propósito de Federico Gana— proclamaba una vaga vuelta al clasicismo y se debatía entre confusas corrientes estéticas finiseculares: Tolstoy, Ibsen y otros. Pedro Prado había hecho construir una torre de madera..."

La torre cambió de dueño, pero subsiste y cualquiera puede comprobar que es sólida. Mucho más que esa "vaga vuelta al clasicismo", traída de los cabellos y las, realmente confusas, corrientes finiseculares. Lástima, porque así queda tambaleándose otra afirmación digna de ser robustecida: que solamente los marxistas seguirían "apegados al siglo XIX y sus filosofías, vale decir, al pasado". Una buena y fecunda discrepancia con la moda imperante en círculos que se creen muy avanzados.

El juicio mismo sobre Federico Gana, satisface poco. Le ha faltado a este autor lo que le sobró a Baldomero Lillo: un partido político para ensalzarlo. Le miran con indiferencia, se le considera reaccionario, conformista, tibio. No grita, ciertamente, ni cultiva el melodrama; pero, ¿qué señorío el suyo, qué dignidad tranquila y verdadera, cuánta emoción encerrada! Sólo él, y, recientemente, Carlos Rozas, han sabido pintar el campo chileno desde el punto de vista de los patrones, objetivamente, sin apasionamientos unilaterales ni propósitos ajenos al campo mismo, no como tema pintoresco para uso de turistas y con miras al efecto que causará fuera de Chile, sino de veras, como lo sienten, como lo han vivido. Recordemos "La Señora". Junto a "El Vaso de Leche" de Manuel Rojas no hay en nuestra literatura una expresión semejante de la bondad humana, del heroísmo humilde y la virtud sencilla, natural, profunda. En la desolación pesimista que invade el mundo, esas lecturas forman oasis. Existen seres miserables y crueles. Sí, ya se sabe. El hombre es ingrato y egoísta, goza con el sufrimiento ajeno, ignora la piedad, el sacrificio, el amor. Sí, sí, todo eso lo sabemos. Los dramas, los cuentos, las novelas no hacen sino repetirlo. La creatura humana es una mala bestia. Pero, de pronto, he aquí a ese antiguo servidor que sienta a su mesa, en el primer sitio, a su antigua señora, decaída, y que está orgulloso de tenerla en su casa. Y aquella otra que al muchacho abandonado y sediento, le tiende el vaso de leche gratuito para que se lo beba, mezclado a sus lágrimas... Tampoco ignoramos, ¡ay!, que existe una literatura estimulante, reconfortante, enderezada a nuestro bien mediante la sistemática administración de lecciones morales; por lo mismo, estos testimonios de verdad, que traen el acento de la verdad; resultan preciosos. Valdría la pena un paralelo entre Baldomero Lillo y Federico Gana.

Pero la perla de los "28", es "El Arbol" de María Luisa Bombal. He ahí la gracia, la levedad, la poesía y el ingenio, el arte insensible, la ciencia innata.

REALIDAD Y MITO DE UN HOMBRE CUALQUIERA

Por Roque Esteban Scarpa (Atenea)

Al dar las gracias por el Premio "Atenea", en contestación al discurso del profesor Lefebvre, Roque Esteban Scarpa, habló un poco de sí mismo, de sus padres, de sus abuelos, de su tierra magallánica.

Un tema delicado ése de las memorias personales.

Roque Esteban Scarpa, profesor, crítico, erudito, poeta y filósofo, sabe salir del paso con rara elegancia, de un modo que hace entrar en el juego todas las facetas de su personalidad. Resulta interesantísimo

dra; el segundo, que viene del griego y que literalmente expresa "lo que rodea, envuelve, cinge..." no encierran menos signos agoreros que los otros, pues impone a quien lo lleva la obligación de ser, a la par, duro y flexible, estable y envolvente, capaz de lanzar altas voces y proclive a deslizarse en silencio...

Para ver esto sólo se necesita ese microscopio mágico con que cada uno se observa a sí mismo.

Alone

-20-X-63

verlo enfrentarse con las imágenes de su yo que, sucesivamente, le salen al paso.

Muy joven todavía, un lector de sus graves textos pedagógicos, tan útiles, tan bien contruidos, le busca perplejo las barbas, las canas, las arrugas... Otro, amigo que podía conocerlo mejor, le pregunta su nombre, su "verdadero" nombre, tanto le sonaba a seudónimo el "Roque Esteban". ¿Quién se llama Roque? Esto trae una explicación hermosa, incluso poética y hasta novelesca, del Roque, del Esteban y del Scarpa, dálmatas de origen veneciano, establecidos en Hvar, isla del Adriático, al mismo tiempo que de Florencia partían los Straboni rumbo a Córcega, entonces bajo el dominio del Papa; pero que no debían permanecer allí sino marcharse hacia la tierra más lejana, más fría y distinta del mundo, Punta Arenas de Magallanes, para reunirse allí con los Scarpa, que abandonaron su otra isla; porque así era necesario y estaba en el destino de Roque Esteban Scarpa Straboni.

No hace mucho visitó Roque Esteban la Córcega de sus mayores. "...Una tempestad violenta de relámpagos y apretada lluvia me recibió —dice— para mostrarme una faceta del espíritu de la tierra. A la mañana siguiente, oía sonar isócrono el ruido de la lluvia. Dejé pasar el tiempo, pero como la hora avanzaba y debía levantarme para no perturbar el temprano ritmo de la casa, entreabrí los postigos y contemplé un cielo límpido, un sol de gloria, el verde recién lavado de las hojas, el rápido sesgo de las ramas. Era el río en el tajo, a los pies de la alta casa de piedra, el que en las últimas horas continuaba sonando. Entre el desorden celeste y el curso apasionado de las aguas, en esa casa de paz y de guerra, había transcurrido la vida de los míos, dedicados a labores de la tierra, cuando no les movían idea de dignidad o impulsos instintivos de aventura".

Toda vida, vista de cerca, es un romance.

Recién nacido, el todavía futuro Roque Esteban corrió un gran peligro, estuvo a punto de malograr su suerte o torcerla en quién sabe qué sentido: un abuelo descreído quería imponerle el nombre de "Librepensador". ¿Qué habría hecho con esa carga a cuestas? Porfiaba el abuelo, rezaba y lloraba la madre. "Todavía —escribe Roque Esteban— se me ponen las carnes de gallina, porque, además de cargar con un nombre que era una declaración de principios a priori, que me situaba en un irregular punto de partida, rompía un orden querido para mí, expresado en el número". Una serie de cálculos cabalísticos prueban que, si se salvó de llamarse "Librepensador" ello se debe, junto al llanto y las plegarias maternas, al influjo misterioso del número 26.

Esto por los apellidos.

Cuanto al nombre mismo, a la combinación "Roque Esteban", "el primero, hipocorístico de un nombre germánico, cuyo primer elemento es hroc, que deriva de bramar, rugir, y que une a esta onomatopeya la idea de la roca y de la pie-

